

Distribución geográfica.—Sólo se la encuentra en el desierto propiamente dicho y sus límites inmediatos, en las costas orientales de África.

Durante el corto viaje que hice en la primavera de 1862, he visto á menudo esta liebre en los terrenos bajos de Sanhara, ó sea en las altas mesetas del país de los bogos.

Usos, costumbres y régimen.—He observado siempre que esta liebre es torpe y estúpida, si bien es verdad que á los hombres debe tal defecto.

Los abisinios, ya sean mahometanos ó cristianos, observan todavía la ley mosaica y desprecian la carne de liebre, por cuyo motivo no persigue el hombre á este animal en aquel país, ni es en rigor su amigo. No me explico, de otro modo, la estupidez de esta liebre de largas orejas y prolongadas patas, que es muy común lejos de los lugares habitados por los europeos, tanto, que á veces se ven saltar seis ú ocho á la vez delante del cazador. De tal modo se confundió el color de su pelaje con el del terreno, que difícilmente se distingue esta liebre en su cama, por mucho que abunde. Si oye ruido despiértase y trata de averiguar la causa; y, cuando es un hombre el que se acerca, no se apresura á huir, sino que se dirige lentamente al primer jaral, se echa y endereza las orejas hacia el sitio donde percibió el rumor. Los matorrales son tan escasos y tan poco poblados, que se puede ver la liebre á corta distancia, pero debe creerse muy segura cuando deja que se acer-

que el hombre á 60, 50 y aun á 20 pasos; y entonces se traslada á otro jaral para ocultarse de nuevo. Si quiere uno entretenerse, puede ahuyentar así á la liebre haciéndola recorrer una distancia de varios kilómetros. Si se dispara sobre ella y se yerra el tiro, no por eso cambia de táctica: límitase á correr algo más rápidamente y se aleja á mayor trecho; pero á pesar del ruido de las detonaciones y el silbido del plomo, continúa mirando al cazador con tanto descaro como antes. Cuando no se le tira, se la puede obligar á salir del mismo jaral varios días seguidos, pues vuelve constantemente al sitio que una vez eligió.

Difícil es figurarse cuán monótona es semejante persecución para el que está acostumbrado á cazar la liebre en nuestros países: irritase uno contra el animal, y casi se avergüenza de perseguir á un ser tan estúpido. No sucede lo mismo cuando sigue la pista de esta liebre un perro, y acaso también un zorro, un chacal ó un lobo. El animal sabe que en tal caso no le bastarían algunos pasos rápidos para escapar, ni le servirían tampoco los matorrales de seguro refugio, y por lo tanto corre con tanta ligereza como la liebre de Europa. Escápase con frecuencia del peligro terrestre, pero ciérnese en los aires un enemigo mucho más temible que los otros para la liebre de Etiopía: tal es el águila, que espera el momento en que el pobre roedor debe salir á la llanura para caer sobre él y arrebatarle entre sus poderosas garras.



CAPITULO XXI

EL CONEJO DESCRITO POR LOS CAZADORES



La historia del conejo es muy interesante.

El conejo ha sido creado para servir de regalo á todos los

carnívoros; y, á fin de que pueda cumplir debidamente su destino,

Dios le ha mandado dividir su vida en dos partes: la una destinada á criar muchos hijos con el objeto de que haya conejo para todo el mundo, y la otra á comer muchas plantas sabrosas y aromáticas, á fin de que su carne quede saturada de sabores delicados.

¿Cómo cumple el conejo este doble deber?

Consignaremos, desde luego, que su fecundidad sobrepasa á la del ratón de Alemania, lo que no es poco decir.

Se ha calculado que la descendencia de un par de conejos puede alcanzar al cabo de cuatro años la cifra redonda de 1.274.840 individuos si se admite el número de siete crías al año y de ocho gazapos en cada una de ellas, los cuales sean aptos para la reproducción al llegar á los seis meses.

Plinio, el cronista de su época, refiere que, habiendo los habitantes de la isla de Menorca padecido indigestiones de conejo, resolvieron dejar de comerlo durante algún tiempo, y que entonces dichos roedores se mul-

tiplicaron en tales términos, que la población, aterrada, dirigió una solicitud al emperador Augusto para que el César enviara sus legiones contra los conejos, que destruían las casas y derribaban los árboles.

Más recientemente, Luis XVI se vió obligado, no obstante los privilegios de los señores, á permitir á los campesinos que mataran los conejos, que amenazaban acabar con Francia por el hambre.

Los terrenos estériles pueden impedir á los conejos que engorden, pero no que se multipliquen. Esta potencia prolífica, que resiste á la escasez de sustancias alimenticias, ha permitido dar valer á las tierras arenosas abandonadas por el mar. Se han poblado de conejos las dunas de la Europa occidental, y han prosperado de tal manera, que el Obispo de Derry, Irlanda, para citar sólo un ejemplo, obtiene cada año doce mil pieles de uno de sus conejares.

En Francia los conejos pululan en esta larga zona de áridos terrenos de aluvión que se extiende desde Boloña hasta la desembocadura del Somme, en una anchura de cuatro kilómetros. Cazadores: si vuestro hado os conduce hacia aquellos sitios, en los que espesos bosques de pinos comienzan á cubrir la desnudez del suelo, divertíos gastando pólvora, pero no recojáis la caza hasta que la muerte la deje fría; pues, en caso contrario, serviríais de pasto á innumerables

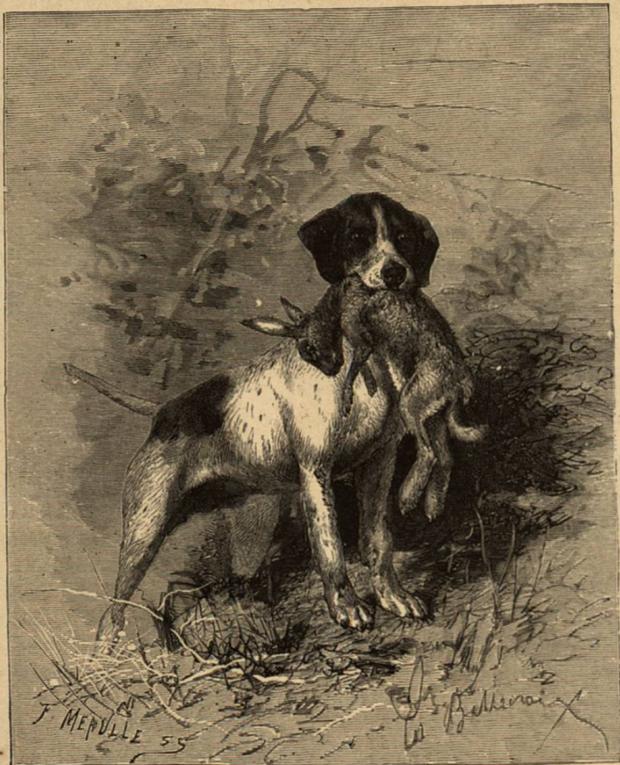
legiones de pulgas, compañeras de la miseria, las cuales se apresurarian á cambiar el lugar de sus hazañas, para lo que les bastaría saltar desde la víctima sobre su verdugo.

El conejo se ha sometido, pues, de muy buena gana á las prescripciones de la ley que dice: «creced y mul-

tipicaos;» y esto con ardor digno de los mayores elogios.

¿Cómo ha comprendido el otro deber de digerir sin tregua ni descanso?

Su vientre, siempre lleno y constantemente hambriento, tiene terribles exigencias; sus incisivos trabajan de



Un can modelo

día y de noche cortando cuanto se pone á su alcance: el espliego y las hojas de achicoria, las cortezas de los árboles y las raíces. Para saciar su hambre, el conejo destroza innumerables tallos de cereales y devasta los campos de trébol.

Sabido es que el conejo doméstico es oriundo de los bosques, sólo que la falta de ejercicio y las abundantes provisiones han prolongado sus orejas y dado mayor desarrollo á su osamenta y á sus intestinos. Se ha demostrado que veinte de estos incansables comedores de coles, pesando juntos 80 kilogramos, engullen la mis-

ma cantidad de forrajes que una vaca que pese 350 kilogramos. En vista de tan gloriosas hazañas, es preciso proclamar al conejo el mayor glotón de la tierra.

Sin embargo, parece que este feo pecado de glotonería le impulsa algunas veces hasta el extremo de devorar á sus propios hijos. Otros afirman que es el macho el único que comete esta mala acción, con el solo objeto de obligar á la hembra á escuchar con mayor facilidad sus galantes proposiciones. De manera que el libertinaje ha hecho del conejo un criminal.

Tantum audet scelerum Veneris malesuada voluptas.



Tres cancriberos

Pero sobre este punto las opiniones andan muy divididas.

Verdad es que la hembra prepara la cuna de su familia lejos del techo conyugal. A este efecto, abre en el flanco de un barranco ignorado un agujero lleno de sinuosidades, de cerca de un metro de profundidad, terminado por un espacio bastante grande que rellena de yerbas secas, las cuales cubre delicadamente con su propio pelaje. La madre va á hora muy adelantada de noche á amamantar á sus gazapos. Al dejarlos toma la precaución de cerrar la entrada de la madriguera con la tierra de la excavación, que hace caer con las patas y que tapa ingeniosamente con musgos y hojas.

Teniendo en cuenta que el conejar alberga una docena de familias, que en él hay vecinos discolos, que las disputas son frecuentes, y que este fansterio ofrece grandes dificultades para criar una familia, es muy natural que el cuidado de una madre busque un refugio en el que tenga más seguridad y se halle lejos de ruido y de los malos ejemplos. Por lo demás, hay observadores formales que afirman que el padre ama á sus pequeñuelos tanto como la madre.

Siendo esto así, los degüellos de gazapos serian debidos á miserables venganzas ó al despecho de amantes burlados.

El conejo se caza dando batidas con galgos, podencos y hurones.

La caza por medio de batidas es una imagen sobrada exacta de la degollación de los inocentes.

La caza con galgo concluye con mucha frecuencia por una cobarde emboscada.

La pequeña jauría destinada á la caza del conejo se compone ordinariamente de dos ó tres honrados podencos que trabajan metódicamente con la nariz pegada al suelo. Ante su prudente calma, el conejo hace cuanto se le antoja; se deja perseguir durante dos horas dentro de una hectárea de bosque, y se niega obstinadamente á refugiarse en su madriguera. ¡Bah! ¡Qué haría en su negro antro, mientras el Sol desliza alegremente sus brillantes rayos á través del follaje! Por otra parte, ¡la odorífera brisa sopla tan mansamente y la yerba es tan dulce! Así es que va y vuelve, corre tan pronto á la derecha como á la izquierda y hace desesparar á los perros con sus continuados engaños. Mientras Palomo y su camarada León anuncian allá abajo haber encontrado el hilo de la pista, que no pueden desenredar, el conejo se cree cándidamente libre de todo peligro, se sienta debajo de una mata, se entretiene en arreglar el desorden de su tocado y se dispone para limpiar su traje y alisar su bigote, pensando, sin duda

alguna, en su compañera. Entre tanto, sus enemigos han conocido el engaño, sus ladridos resuenan como truenos y llegan al punto donde se encuentra. Con cuatro saltos el conejo los deja muy atrás; pero su repertorio de habilidades es poco complicado: repite diez veces las mismas maniobras, evitando los grandes claros ó atravesando los linderos como un rayo, se embobará debajo de las carrascas y seguirá paso á paso el mismo itinerario que anteriormente.

Los hábiles disparan contra el conejo, cuando salta los linderos, al vuelo: los que no lo son le aguardan traidoramente bajo el matorral y le asesinan mientras descansa.

La caza del conejo con podencos se considera como una magnífica escuela de tiro. El animal corre con sorprendente velocidad, dirigiéndose hacia uno y otro lado sin seguir nunca la línea recta. Se necesita un ojo certero y rápido para tocarle. Hay cazadores que rara vez yerran un tiro en este ejercicio.

He conocido á un antiguo catedrático de sexto año, que después de haber cultivado durante seis lustros el jardín de las raíces griegas, adquirió luego una extraordinaria pasión por la caza. Por lo demás, era una persona muy amable, que sólo había conservado de su primera vocación la inocente manía de llenar la cabeza de sus jóvenes amigos de máximas sugeridas por sus meditaciones sobre los autores clásicos.

«Para la caza del conejo,—decía,—enseñad á vuestro perro á no moverse antes de salir el tiro. En el bosque, un perro que corre impide muchas veces disparar, y además expone á su amo á ver como una diversión agradable se convierte en un drama siempre doloroso.

Uno de mis antiguos discípulos, al disparar contra un conejo que saltaba delante de él en un soto, hirió mortalmente á su perro, que se había precipitado sobre la caza. El pobre animal no arrojó ni un gemido cuando se sintió herido: volvióse cubierto de sangre, se levantó sobre las patas traseras, y, apoyando las de delante sobre el pecho de su amo, fijó sobre él sus ojos, cuya expresión hacía aún más dolorosa la aproximación de la muerte, y luego, exhalando un lúgubre gemido, cayó para no volver á levantarse.

La emoción del cazador fué tan profunda, que estuvo á punto de desmayarse, y las lágrimas saltaron de sus ojos y corrieron por sus mejillas.

Un chisgaravis despreocupado y de corazón duro tuvo el mal gusto de burlarse de este dolor.—¡Pardiez! —exclamó;—hé aquí el recuerdo de un perro mucho más honrado que el de no pocos hombres.

Yo contemplaba esta triste escena.— Dispensad,



CAZA DE CONEJOS CON AVES DE RAPINA